

ERAMOS apenas adolescentes y recién salíamos de las tinieblas de la irracionalidad y del oscurantismo de nuestra infancia. No sólo buscábamos unas señas de identidad perdidas, sino además una nueva racionalidad con la que iluminar nuestra silenciosa marcha por el mundo subterráneo en el que parecíamos encerrados.

Fue de este modo como algunos comprendimos que la ciencia podía ser quizá el mejor escudo y garantía en el difícil avance hacia la civilidad por la que, contra viento y marea, estábamos empeñados.

Encerrándonos en viejos archivos y bibliotecas descubrimos, por ejemplo, que en España y durante los períodos de pleno ejercicio de las libertades públicas había habido un desarrollo científico insospechado. Científicos europeos venían a trabajar a nuestras florecientes instituciones y museos. Decenas de revistas y publicaciones científicas daban la medida de unas potencialidades que iban creciendo con la toma de conciencia de una clase trabajadora que en Ateneos y Casas del Pueblo avanzaba ya elementos de una nueva cultura e intentaba apropiarse de la ciencia y de la Historia, en manos aún de nuestra ilustrada burguesía.

Nuestra realidad era ya hoy muy distinta. En las ruinas de todo un edificio del saber, pacientemente construido durante años, descubrimos una especie vegetal insólita que aparecía como "árbol total de la ciencia" y emblema de un llamado "Consejo Superior de Investigaciones Científicas", creado para "restaurar la clásica y cristiana unidad de las ciencias, rota en el siglo XVIII". En el trono de ese "árbol total de la ciencia", visible en los frescos que aún hoy decoran los lúgubres edificios herrerianos, obra de la Obra, una sola palabra: Teología.

Con los americanos, nuestro país ganó mucho científicamente: pasó de ser miserable a miserable y dependiente. Sin embargo, el desarrollo económico fue progresivamente dando a unos pocos la posibilidad de formar parte de unas nuevas capas de trabajadores científicos que, signo de la época, dejaban ya lejos esa etapa —si alguna vez existió— del hombre de ciencia contemplativo encerrado en su torre de marfil.

Estos nuevos trabajadores científicos, hoy agrupados en muchos casos en Comisiones de Investigación de colegios profesionales, de un tiempo a esta parte, han dejado oír con fuerza su voz tanto dentro como fuera de la institución científica. Y no sólo planteando estrictamente sus graves problemas profesionales. Hablaron cuando los poderes públicos perpetraron el irresponsable atentado del vertedero de basuras en Garraf (Barcelona). Hablaron para contes-



Dibujo satírico en la portada del Boletín del Colegio Oficial de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras y Ciencias de Cataluña y Baleares.

Investigación

LA LUCHA DE LOS TRABAJADORES CIENTÍFICOS

tar un homenaje a un Premio Nobel norteamericano venido a su país de origen en circunstancias goyescas. Hablaron en Prada (Cataluña francesa) para reclamar el derecho al uso del catalán como lengua de expresión científica. Hablaron recientemente a través de un sencillo Boletín del Colegio de Doctores y Licenciados de Cataluña y Baleares exponiendo sus reivindicaciones y dando cuenta de la situación en que se encuentra la investigación científica en España, situación que en Cataluña es doblemente tercermundista (3 por ciento del presupuesto previsto por el Estado en investigación). Hablaron, finalmente, el día 10 de diciembre último en la I Asamblea de la Investigación en Cataluña, celebrada en el Aula Magna de la Universidad de Barcelona para denunciar la amenaza de despido que se cierne sobre muchos de ellos y que va unida a un intento de

liquidación de alguno de los pocos centros de investigación que existen en Cataluña.

Este importante acto, al que asistieron unos 200 investigadores vinculados a diferentes centros del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, la Universidad y corporaciones locales (Instituto de Investigaciones Pesqueras, Instituto de Biología Fundamental, Instituto de Química Orgánica, Instituto Milá y Fontanals, Instituto de Ciencias Naturales del Ayuntamiento y otros), aprobó un documento que fue entregado al día siguiente —el agitado 11— en la delegación barcelonesa del CSIC. Dicha declaración contiene las exigencias siguientes:

— Aumento inmediato de los recursos asignados a la investigación del presupuesto general del Estado hasta un mínimo no inferior al 2 por 100 del PNB.

— Adecuación de la política científica para ponerla al servicio de una política de independencia económica que ponga término a la situación de colonización científica y tecnológica, que reduzca al máximo la importación de tecnología extranjera y que desarrolle planes de investigación adaptados a las necesidades del país.

— Creación en Cataluña de un organismo que englobe a los diferentes centros e institutos de investigación existentes. Este organismo podría ser el órgano de planificación de la investigación científica en Cataluña que promoviera la creación de nuevos centros, dotándolos de personal y de medios, y en él estarían representados los diferentes sectores populares a través de sus organizaciones representativas.

Entre las primeras tareas del organismo de planificación propuesto figuraría la realización de un inventario de todos los recursos naturales de Cataluña y el desarrollo de una política científica en función de la realidad catalana y al servicio de las necesidades populares.

— Reconocimiento del estatuto de profesionalidad de todos los investigadores y contrato laboral inmediato para todos los trabajadores científicos, que ponga fin a la discriminación actual entre las categorías más desfavorecidas y movilidad de las escalas salariales en función del aumento del coste de la vida.

— Pleno ejercicio de las libertades democráticas de expresión, reunión, asociación, manifestación y derecho de huelga dentro de los centros de investigación. Reconocimiento del derecho del uso del catalán como lengua de expresión científica.

— Creación en cada centro, con carácter inmediato, de comisiones formadas por representantes de todas las categorías de trabajadores científicos (investigadores, PINP y técnicos), que constituyan órganos de representación y de intervención en la gestión del centro y en la elaboración, realización y aplicación de los planes de investigación.

Algunos de estos planteamientos, que generarán sin duda numerosas y fecundas discusiones, se refieren a la realidad catalana, pero en conjunto constituyen elementos de una alternativa global hacia la que parecen querer avanzar los trabajadores científicos de toda España, quienes desde ya hace algún tiempo coordinan sus esfuerzos para que algún día sea posible aquí una ciencia nueva en un orden nuevo, una ciencia al servicio del pueblo. ■ JOAN SENENT-JOSA.